I L L M O . S E Ñ O R

DON IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGON,

DIGNISIMO OBISPO DE SAN LUIS POTOSI.

------X------

I

Insignes prelados han honrado en todas épocas el episcopado mexicano dando lustre á la patria y gloria imperecedera á su nombre,- no sólo por la magnificencia y alteza de sus virtudes apostólicas,- sino también por las brillantes luces de su inteligencia, su copioso y universal saber y las sobresalientes dotes literarias que á algunos adornaron. Ocupa hoy muy distingudo lugar entre todos los -- respetables Pastores de la Iglesia Mexicana, por su juventud y temprana sabiduría, sus maravillosas y excelsas facultades poéticas, - los numerosos laureles de gloria que ya cubren sus sienes, el Illmo Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo que fué de Tamaulipas y actualmente de Linares.

Vió la primera luz en la Ciudad de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre en esta República, el 26 de Junio de 1840, -- siendo sus padres D. Demetrio Montes de Oca, sabio jurisconsulto y- honradísimo abogado, y Dª. María de la Luz Obregón. A los doce años fué enviado a Inglaterra, y allí hizo con extraordinario aprovechamiento, sus estudios preparatorios, terminados los cuales regresó á su patria en busca de algún descanso en el seno de la familia. Estuvo por este tiempo, 1856, pocos meses en el Seminario Conciliar de- México. Volvió en seguida á Europa, y en Roma corsó las materias - eclesiásticas, graduándose de Doctor en Teología en 1862, y ordenándole de subdiácono el Illmo. Sr. Munguía, primer Arzobispo de Mi- - choacán, una de las inteligencias más privilegiadas que ha producido la nación mexicana en el presente siglo, La dedicación del Sr.- Montes de Oca era tal, y tan grande también su aptitud para los estudios superiores, que con razón fué el asombro de sus maestros y condiscípulos, complaciéndose todos en profesarle cordial y sincera estimación. En poco tiempo concluyó sus cursos de la manera más -- brillante y satisfactoria. Recibió el orden del presbiterado el 28 de Febrero de 1863; en la basílica de San Juan de Letrán, de manos del cardenal Patrizzi, vicario de Su Santidad y en 1865 obtuvo el - grado de doctor en ambos derechos. Fué cura párroco de Ipswich (Inglaterra), y más tarde de Guanajuato, su ciudad natal: tuvo también- el nombramiento de Capellán de las tropas pontificas y Promotor fiscal de la curia de México. El Emperador Maximiliano le hizo su Capellán de honor y el Santo Pontífice Pío IX, su Camarero secreto en 1863; cargos todos que demuestran el grande aprecio en que era tenido el Sr. Montes de Oca, así en su patria como en Roma, y la señalada distincíón que se le hacía de sus relevantes méritos.

El inmortal Pontífice Pío IX, cuya muerte llora todavía y llorará siempre la cristiandad, tuvo al Sr. Montes de Oca particular y cariñoso afecto, de manera que "al asignar á Tamaulipas un prelado propio y elevarla al rango de las demás diócesis de la República Méxicana (I)" no pudo olvidarse de él; joven eclesiástico, en cuyos ojos ardía el más vehemente celo apostólico, inteligencia nutrida de la alta enseñanza de los Santos Padres, corazón tierno y generoso que derramaría copiosos torrentes de piedad y de amor evangélico sobre los que habían de ser sus hijos en Jesucristo. Fué, pues, elegido, para ocupar la silla episcopal de Tamaulipas.- "Nos hallábamos entonces en la Eterna Ciudad-decía el Sr. Obispo á sus diocesanos, con encantadora sencillez en su "Primera Carta Pastoral",-presenciando el más grande acontecimiento de este siglo: la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano. Diversas causas retaradaron nuestra preconización; entre otras, la caída de Roma en poder de los enemigos de la Iglesia, y la prisión á que tuvo en consecuencia que sujetarse nuestro augusto Pontífice desde el 20 de Septiembre del año siempre infausto de 1870. Este funesto suceso nos hizo ir á buscar en el Calvario los consuelos que ya nosnos suministraban los sepulcros de los mártires, hollados por sacrílegas plantas. Partimos para Tierra Santa, y sepultamos nuestro dolor entre los puros goces de Belén y la dulce amargura de Getsemaní. Recorrimos más de una vez las aldeas y pueblos por donde Nuestro Divino Salvador pasó derramando beneficios, anunciando el Evangelio á los pobres y enseñando sus santísimas doctrinas. !Cuántas fuerzas adquirimos meditando la Pasión de Nuestro Redentor en los mismos lugares regados por su sangre preciosa! !Cuánto valor nos infundieron las largas horas pasadas en santa contemplación dentro del sepulcro glorioso del triunfante Jesús! El deber nos llamó otra vez á la esclavizada Roma, y el 6 de Marzo del presente año (1871), penetrando por en medio de las guardias que circundan el que fué palacio, y hoy es cárcel del Soberano Pontífice, fuimos revestidos por el gran Pio IX con el roquete de cándido lino, emblema de nuestra jurisdicción, después de haber sido solemnemente preconizado primer Obispo de Tamaulipas. Un altísimo honor, una nueva dicha, un insigne favor nos aguardaba de que antes que Nos ningún compatriota había gozado, con que, fuera de Nos, sólo un nacido en el continente americano ha sido distingudo. No contento Pio IX con las gracias que ya había acumulado en nuestra humilde persona, no satisfecho con los dones esparcidos sobre los mexicanos, quiso honrarnos, !oh hermanos é hijes nuestros! y honrarnos á Nosmismo, por vosotros y para vosotros, consagrando con sus propias augustas manos al primer Pastor de Tamaulipas, y confiriéndole élmismo directamente la plenitud del sacerdocio. No podemos disimularos, hermanos e hijos nuestros, el inefable gozo que inundó nuestra alma la inolvidable mañana del 12 de Marzo, fiesta del gran Pontífice Sah Gregorio Magno. En el oratorio particular de la habitación del Papa prisionero, se verificó privadamente la majestuosa ceremonia de nuestra consagración episcopal. Si simpre es imponente sea cual fuere el Obispo que derrame el óleo sacrosanto, sean cual fueren las circunstancias, la época y el lugar en que el nuevo Pastor recibe la unción sacramental, figuraos la indeleble impresión que dejaría en Nos y los pocos que fueron admitidos a presenciarlo, el acto en que el Pontífice cautivo impuso las manos sobre el Obispo misionero y le entregó las insignias de su autoridad y jurisdicción".

Tamaulipas es una región del territorio mexicano, sutuada al Norte, bastante extensa, en muchas partes despoblada y llena de grandes bellezas naturales. En espaciosas llanuras encuéntranse diseminadas solitarias aldeas, pobres cortijos y algunas ciudades de escasa importancia; el clima es ardiente y emfermizo, malsanas las costas y tan difíciles como peligrosas las comunicaciones. Mas, sin embargo de estas circunstancias, el Sr. Montes de Oca aceptó gustosísimo el gobierno espiritual de aquella tierra que el Santo Padre le encomendaba. La novedad del lugar, lo desconicido de las costumbres y el carácter del pueblo, las fatigas apostólicas, las peregrinaciones, todo presentaba para él misteriosos y dulces atractivos; de manera que no es de extrañar, que más de una vez se soñara evangelizando á la multitud en las orillas pintorescas de los ríos y ungiéndola con el crisma de salvación bajo los frondosos árboles de las escarpadas sierras.

Consagrado Obispo el Sr. Montes de Oca, y "sin aprovecharse de los cien días que aun le eran permitidos permanecer junto á la tumba del Príncipe de los apóstoles, partió sin dilación, rumbo á su diócesis", como él mismo dice, tomando poseción de ella el 8 de Junio del propio año de 1871. Dedicóse desde luego, con una constancia, un celo y un ardor sin igual, al desempeño de su santo ministerio, dirigiéndo primeramente á sus diocesanos una paternal y tierna salutación. Su carácter manso y bondadoso, su amante solicitud para satisfacer pronta y eficazmente las necesidades espirituales, su palabra fácil, cariñosa y persuasiva, hicieron que en poco tiempo el joven Obispo fuese el ídolo de los fieles de Tamaulipas. Su lozana y fresca constitución, embellecida aún por las gracias de su juventud, y su vigor y perfecta salud, le permitieron visitar con detenimiento sus vastos dominios, comocer todos los pueblos, y derramar en todas partes los tesoros de la predicación evangélica y las ricas mercedes del Cristianismo. Visitó las ciudades y villas, penetró en los bosques, ascendió á las montañas y cruzó las corrientes de impetuosos ríos: por donde quiera fué, por donde quiera resonó su voz; y ora bajo las sobras de las palmeras y de los naranjos, ora en sencillos y humildes templos de aldea; ya en las playas del mar, ya en las silenciosas florestas de la costa, administró con celoso fervor los Santos Sacramentos.

Los sueños que en Roma acarició el preconizado Obispo, tuvieron, pues, su más exacto cumplimiento; y el Illmo. Sr. Montes de Oca pudo gloriarse de haber llenado su misión, dando cima á sus sagrados deberes. El movimiento religioso de Tamaulipas, en la actualidad, es asombroso; hanse avivado la fé y la piedad de los fieles, se han mejorado las costumbres, y la instrucción pública, sobre todo, ha adquirido un desarrollo y una importancia notables, fecundos en consoladoras esperanzas. Y cuenta que el Obispado se fundó en medio de las circunstancias más difíciles y azarosas, siendo suma la escasez de recursos y de colaboradores en las tareas apostólicas, Pero el claro talento, la abnegación y ardiente celo del Sr. Obispo, suplieron con ventaja aquella y otras faltas: